

## RESEÑAS

### CRÍTICA Y ENSAYO

José Luis García Martín. *Treinta años de poesía española (1965-1995)*. Granada, Renacimiento/La Veleta, 1996, 477 pp.

El panorama poético español anda en los últimos años especialmente enrarecido. Las tendencias han cristalizado en facciones que se niegan el pan y la sal y se descalifican sin vergüenza. Si bien la calidad media de los poetas es suficiente como para considerar el momento actual como muy bueno en relación a otras etapas, lo cierto es que se hace difícil poder encontrar una antología en que se tome el pulso de manera adecuada y suficiente al panorama real. Cada antólogo barre para su casa poética y recoge en sus páginas a aquellos poetas que escriben el tipo de poesía que les gusta, o a aquéllos que les son más cercanos o más amigos. Las antologías traducen la perversa influencia de los agrupamientos dogmáticos, de la elección de poetas hecha con criterios excluyentes, allí donde lo recomendable habría sido practicar, dentro del necesario rigor, un liberal inclusivismo. Y puesto que, dados los numerosos poetas y libros existentes, cualquier aproximación inicial al campo poético parece exigir el paso previo de las antologías, éstas se convierten de inmediato en un muy peligroso instrumento de canonización sectaria: sólo existen los que están en ellas.

Pero no todas las agrupaciones tendenciosas tienen la misma facilidad para acceder a la edición o para que su existencia sea pregonada en el púlpito de los suplementos culturales o las revistas especializadas. Una vez conseguido el repudio de la poesía social a fuerza de desenganchar de ella la excelente producción de los poetas de la generación del 54, básicamente el combate poético se ha librado entre los culturalistas y semióticos y los realistas autobiográficos (los llamados de «la experiencia») de factura más asordinada: ambos pertenecientes al mismo tramo cronológico, aunque fueran los primeros los que dieron el tono inicial de la generación, prematuramente bautizada. Las antologías de los primeros años privilegiaron a los *novísimos* castelletianos y contribuyeron a la confusión interesada. Poetas excelentes permanecieron fuera de la canonización crítica, en tanto que poetas mediocres eran ensalzados sin pudor. Los poetas *figurativos* siguieron escribiendo y lograron acceder a

posiciones de poder editorial cuando los *abstractos* empezaron a desinflarse. Nuevas lecturas de la generación del 68 dieron nuevas listas antológicas.

Uno de los críticos y antólogos más enzarzados en la pugna, menos dispuesto a consensuar nombres, o a matizar sus posiciones de tendencia, está siendo, en los últimos veinte años, José Luis García Martín, abierto partidario de la tendencia *figurativa*: los poetas de las diversas «experiencias» le deben un monumento. Siempre atento a las últimas hornadas, García Martín reflexiona ahora sobre un tramo cronológico que agrupa a poetas de las dos últimas generaciones, a aquéllos que ya tienen, dice, «una obra claramente perfilada» (p. 7). Reflexiona y antologa, y en su antología hace honor a sus patrocinados. 23 poetas. 17 nacidos entre 1939 y 1951 (los del 68): Antonio Martínez Sarrión (1939), Jesús Munárriz (1940), José María Álvarez (1942), Juan Luis Panero (1942), Antonio Carvajal (1943), Pere Gimferrer (1945), Francisco Bejarano (1945), Víctor Botas (1945), Antonio Colinas (1946), Miguel D'Ors (1946), Fernando Ortiz (1947), Eloy Sánchez Rosillo (1948), Luis Alberto de Cuenca (1950), Javier Salvago (1950), Ana Rossetti (1950), Luis Antonio de Villena (1951), Jon Juaristi (1951). Seis nacidos entre 1953 y 1961 (los del 82): Andrés Trapiello (1953), Julio Martínez Mesanza (1955), Juan Lamillar (1957), Luis García Montero (1958), Felipe Benítez Reyes (1960), Carlos Marzal (1961).

García Martín inicia su libro atacando a sus posibles denostadores: sólo les mueve la envidia porque querrían estar en sus páginas. Él, dice, sólo propone una selección que debe gustar a sus lectores, que los debe emocionar, que les debe suponer una fruición. Pero, añade, también propone una selección que asegura las bondades de los que están y el «escaso interés» de los que no. Si se trata de lo primero, su antología es, sin duda, legible, y los poemas que extrae para nuestro gozo lector son, a menudo, hermosos, aunque podrían señalarse, tal vez, poetas menos interesantes y poemas que desmerecen en el conjunto. Si atendemos a lo segundo, el libro traiciona el papel ejemplar que se supone a una antología: aquí faltan algunos poetas que son excelentes, no menos, acaso más, que otros que sí están. Y no sabemos (no sabe el lector ajeno a las capillas y a las fracciones poéticas al uso) por qué.

En cuanto a la generación del 68: de los *Nueve novísimos* (1970) sólo se seleccionan tres; de los 17 de *Joven poesía española* (1979), siete; de los 28 de *Poetas de los 70* (1987), diez. 7 de los 17 antologados por García Martín no aparecen en ninguna de esas presuntas antologías canónicas: Bejarano, Botas, D'Ors, Ortiz, Sánchez Rosillo, Salvago, Juaristi. La reciente antología de Miguel García-Posada [*La nueva poesía (1975-1992)*] apoya esta selección que enmienda el viejo canon: D'Ors, Ortiz, Sánchez Rosillo, Salvago y Juaristi son la mitad de su selección. Que ha cambiado la dirección dominante en la poesía española es evidente, que eso no debería llevar a arrojar al infierno del olvido a poetas tan notables como

Vázquez Montalbán (por citar uno entre varios posibles), debería serlo también.

En cuanto a la muy corta selección ofrecida de los del 82, no se justifica en absoluto: ni la cortedad ni las clamorosas ausencias. O se justifica por prejuicios ideológicos: ¿por qué un poeta de tan escaso interés (formal y de contenido) como Martínez Mesanza y no un poeta de tan extremado rigor conceptual y fuerza crítica como Jorge Riechmann (nacido en 1962, tiene siete libros publicados)? Respuesta: porque García Martín privilegia el conservadurismo formal e ideológico que ejemplifica Mesanza y que puede ejemplificar Trapiello, y deja fuera de la selección a los poetas más arriesgados como Riechmann, Juan Carlos Súnen (1956) o Concha García (1956). Si no es así, el antólogo debería reflexionar sobre una manera de seleccionar que lo lleva a ocultar a poetas que representan con lucidez y vigor otras formas de hacer, ocultando su existencia a quienes podrían obtener de ellos, también, emoción, gusto, fruición.

La introducción en que pasa revista a la producción poética publicada entre 1965 y 1995, y a sus generaciones, tendencias y características, demuestra su excelente agudeza crítica y su nunca descartado sectarismo: conduce con precisión y claridad por entre un bosque de referencias poéticas... y se deja fuera, como por acaso, las tendencias que no le placen y los autores que lo pillan a trasmano. De su lectura avisada se pueden obtener algunos conocimientos serios y ajustados; de la ingenua, un paisaje relativamente falso y engañoso.

En fin, García Martín debería ajustar sus criterios críticos: una cosa es reflexionar sobre una tendencia o antologizarla; otra, tratar de explicarse acerca de (y de seleccionar de entre) toda la poesía escrita en un determinado período.

Madrid

SALUSTIANO MARTÍN

Susan L. Fischer, ed. *Self-Conscious Art: A Tribute to John Kronik*. Lewisburg Pa, Bucknell University Press, 1996, 183 pp.

While there are problems in this ten-piece collection, the individual essays, all (more or less) dealing with the broad question of «self-conscious art,» are almost uniformly excellent. Too often, the quality of essays in an edition of this sort is uneven, as readers find some of the studies insightful and others not. Yet such is not the case with this tribute to John Kronik.

The contributors show their dazzling talent at capturing layers of meaning to literary and other artistic texts: Harold Boudreau's elaboration («Rewriting Unamuno Rewriting Galdós») of the ways Unamuno replicates, competes with (à la Harold Bloom in *Anxiety of Influence*), and